

INTRODUCCION.

Al leer de nuevo las páginas elocuentes de este libro, despiértanse con viveza en la memoria las ideas y sentimientos que veinte años hace ocupaban los ánimos de todos: Reyes ó súbditos, ricos ó pobres, filósofos ú hombres de mundo. Algo de ello aún alcanza este privilegio; pero es mucho más lo que ha ido desvaneciéndose con el tiempo, como el humo de aquellos volcanes por largo plazo callados, que á todos parecen extintos, guarden ó no oculta su misteriosa actividad todavía. Tal se mostraba, no ménos que desde el principio de la Historia á los hombres, la verde montaña que en las vecindades de Nápoles, luego espantó de repente al primer siglo cristiano, con la catástrofe sin igual de Pompeya.

¡Ojalá que los PROBLEMAS DEL SOCIALISMO, tan temerosos há veinte años, y tan flacos en la apariencia al presente, no pudieran ya sorprender á las gen-

tes venideras con una resurreccion parecida! ¡Y á Dios pluguiese asimismo, que esotros problemas, con los del socialismo relacionados, y puestos á la par que ellos en estudio por D. Nicomedes-Pastor Diaz, ó acertara al cabo á resolverlos la generacion actual, ó pudiera, cuando nó, dejarlos ya siempre, como insolubles ó inútiles, aparte! Pero acerca de lo primero sólo con la esperanza contamos, y mal lo segundo se ajusta á la condicion pertinaz é insaciable del espíritu humano; que ménos se contenta con lo que buenamente comprende ó alcanza ahora que en otro ningun período de la Historia.

Por eso el libro que se dá aqui á nueva luz, no solamente se leerá con fruto hoy en dia, sinó á mi juicio en todo tiempo. Cuando la atraccion irresistible que mantiene á los individuos en sociedad, y aquel espontáneo ejercicio del libre albedrío, de que nace la recíproca independenciam entre los individuos, dejaran de hallarse contrapuestos en ocasiones, así en la Filosofía como en la Historia: cuando las diferentes fuerzas morales y físicas que de por sí la sociedad crea, ó en sí propios desenvuelven los individuos, cesasen de ejercer influjo en el organismo administrativo y político, no facilitando aquellas la centralizacion, ni favoreciendo éstas la excentralizacion de los diversos poderes; no promoviendo especialmente las unas el in-

terés general, que bien mirado es uno con la justicia, ni estimulando sobre todo las otras el interés particular, que tantas veces y tantas con ella aparece discorde en la tierra: cuando el origen, la forma, las garantías esenciales de la propiedad personal no merecieran tratarse por la alta manera que conviene á cuanto es propio de aquella indispensable basa del órden social: cuando la organizacion del trabajo, ora esclavo, ora libre, bien singular, bien colectivo, y la participacion que en cada uno de tales casos él toma en la formacion del capital y en su conservacion sucesiva, primeros y necesarios hechos en la série de los que van señalando el progreso humano, no promoviera ya en las inteligencias pensadoras juicios y conceptos diversos: cuando acabaran de ser, en fin, la religion y la libertad, á un tiempo mismo, las más íntimas é inevitables aspiraciones del hombre, y los más eficaces móviles de su gradual mejoramiento, entónces y no más que entónces, llegarían á perder las lecciones de Pastor Diaz su utilidad por entero. Pero mientras todo esto no acontezca, que no acontecerá de seguro nunca, siempre merecerá esta obra que se la considere con aprecio: si ya nó con el que se miran las fábricas acabadas, en las cuales no se echa de ménos remate alguno, con el que se contemplan al ménos, aquellas altas columnas ó ro-

bustos sillares, que, esparcidos al rededor de los colosales monumentos, que á las veces comienzan y no concluyen los siglos, mantienen viva la esperanza de que llegarán, al fin, á feliz término algun dia, ofreciendo en el interin, palpable muestra de la alteza de pensamiento y del esfuerzo de ánimo, de los antiguos varones que osaron concebirlas, ó emprenderlas, por más que les negase el fruto de su penosa labor la fortuna.

Á la verdad no es tan frecuente la esterilidad de los esfuerzos humanos, en otra alguna empresa, como suele serlo en ésta de esclarecer cuestiones por el estilo de las que Pastor Diaz tomó por su cuenta. Porque ni el estudio de la naturaleza muda; ni el del animal, ó el hombre físico; ni siquiera el de las peligrosas profundidades del humano espíritu es tan árduo en sí propio, ni tan propenso á extravíos, ni á tantas decepciones ocasionado, como el de los problemas que vá presentando sucesivamente á la resolución de los pueblos, en los diversos períodos de su vida comun la sociedad civil ó política. Ni consiste lo más de la dificultad en la complicacion de estos problemas mismos; ántes la ofrecen mayor las circunstancias en que hay que estudiarlos, ó resolverlos, con harta frecuencia. Que los pueblos tienen á la verdad dias tenebrosos; dias en que las tempestades reinan solas por

mar y por tierra; en que parece que van á zozobrar las más grandes y recias naos, y á arrancarse de cuajo los árboles seculares que han prestado fruto ó sombra á muchas generaciones de hombres; en que reducidos estos á la miseria por las aguas desencadenadas, ó sin muro y techo que los defiendan del viento helado, ya ocultos, ya fugitivos, ó náufragos, ó solitarios, levantan la voz en balde, y piden, ruegan, sin que nadie los oiga, ni siquiera al pronto la esperanza, por más que ella sea la última luz que divisen los tristes en la tierra. Pocos son los que piensan, en tanto, que ha de lucir de nuevo el sol, temprano ó tarde: pocos los que dejan de alimentar su espíritu en extremos tales con los manjares desabridos que adereza el desaliento. De ellos fué, no obstante, Pastor Diaz al pronunciar las presentes lecciones; y para estimarlas en lo justo, menester es tenerlo en cuenta.

Paréceme ahora mismo estarle viendo llegar con la primera de ellas, cierta noche, á la cátedra del Atenéo de Madrid, si hoy tan muda, tan fértil en levantados discursos entónces. Cursaba yo á la sazón las aulas de jurisprudencia: era él ya un ex-Ministro, y un hombre político de nombre, experiencia y saber. De entónces acá han pasado bastantes años, y ha habido muchos sucesos, en los cuales tambien me ha tocado á mí la vez de tomar al-

guna parte. No es propio del régimen de gobierno, que ha tenido España en este no breve período de tiempo, el que los hombres políticos, bien que sean hijos de una misma escuela, y aunque profesen por lo general iguales principios, dejen de diferir á las veces unos de otros, formando distintas opiniones teóricas de las cosas prácticas. Cuantos andamos, á un tiempo, los quebrados senderos de la vida pública, hemos de tropezar por fuerza los unos con los otros en ellos, pareciendo alternativamente, ó amigos, ó adversarios. No puede decirse que esto último lo haya sido yo en verdad nunca de D. Nicomedes-Pastor Diaz; pero harto cierto es que, en ocasiones, he juzgado los negocios públicos de un modo diferente que él, no siendo más que la rectitud de la intencion, idéntica en ambos. Con todo eso, y aunque mayores y más personales hubieran llegado á ser, que fueron, nuestras diferencias, de una cosa estoy cierto: y es de que no habría jamás sabido extraer de mi memoria ni de mi corazon, el respeto que infundió en mí Pastor Diaz la noche aquella en que ya he dicho que le ví llegar, sentarse en la cátedra del Atenéo, y enmedio del más solemne silencio, comenzar á leer la primera de sus lecciones. Porque Pastor Diaz no las pronunció oralmente á pesar de la singular facilidad de decir que poseía: no queriendo,

sin duda, que pensamientos tan graves, llegasen en forma improvisada al auditorio.

Ya la enfermedad temprana, y la fatiga de una vida juntamente achacosa y activa, se reflejaban á las claras en su semblante. Y sin embargo, no era su apostura la de un vencido: era la de un adalid confiado en su razon y en su buen aliento, que todavía se siente mayor que el enemigo, y espera triunfar de él en la batalla. La lectura no privaba del calor, de la oportuna entonacion, de ninguno, en fin, de los peculiares atractivos de las improvisaciones, á su discurso. Sonora su voz, al par que conmovida, vivamente hería la imaginacion, por sí sola, disponiéndola á ofrecer dulce acogida á las frases armoniosas, floridas, brillantes, que caracterizaban su estilo. Pendía por tal manera el auditorio entero de sus lábios: único ejemplo de buen éxito, que en discursos leídos haya yo presenciado: tal vez de los pocos que en forma semejante se haya alcanzado á merecer. Pero todavía la figura de aquel hombre enfermo y rico de vida, decaído y floreciente á un tiempo, era más digna de respeto entónces, que sin duda pensaban los curiosos escolares que le aplaudían, ó la multitud, tambien por lo general, inexperta, que con afan lo escuchaba. Otras condiciones de edad, otro estado de ánimo, eran precisos para apreciar todo el mérito de

aquel acto. De mí al ménos sé decir yá, que, con el transcurso del tiempo y la experiencia tristemente adquirida, lo que más me lo hace estimar ahora, es que con él cumplieron un difícil deber en *Pastor Diaz* el hombre político, el orador, el publicista reputado. Y aun por esto imagino yo, que más que por su propio valor, con no ser corto, las lecciones acerca de los *Problemas del Socialismo*, obtendrán señalada mencion en la Historia, que habrá de escribirse algun dia, de los trabajos intelectuales que se han ejecutado en España durante el presente siglo.

Que nada, á la verdad, hay tan raro, cuanto el reconocimiento de los propios deberes en los dias de confusion general; ni hay más difícil nada, que en tales ocasiones cumplirlos. Toda crisis social ó política, eso de singular tiene: que no la agrava más el desenfreno de algunos, que el retraimiento de muchos; ni tanto el poder de la agresion, como la flaqueza de la resistencia; ni ménos que la muchedumbre y disposicion acertada de las huestes asediantes, la soledad en que suelen, al fin, encontrarse los hombres de valor, que cierran ó disputan á última hora los portillos de las fortalezas atacadas. Obsérvase siempre lo propio en esto: sea que traiga el peligro el desencadenamiento del vulgo; sea que proceda de tiránicos ó anárquicos imperan-

tes. Pero *Pastor Diaz*, por su parte, rico en inteligencia y fé, si pobre de salud y fuerzas físicas, era, como él mismo dice, parecido á aquellos hombres de guerra que, léjos de esquivar los duros trances, « no pueden oir el toque del clarin sin aprestarse al » combate, y sin que levanten su corazon á la emocion de la peléa. » Pudiera, acaso, añade él propio, haber permanecido tranquilo, apático, indiferente, delante de los combates de la fuerza, de las pasiones encarnizadas, de los intereses hostiles y de los partidos contendientes; pero no « cuando veía » empeñadas en el mundo moral, grandes luchas » de principios y profundas cuestiones de idéas: » que él era de los hombres que « se encuentran orgánicamente destinados para sentir, en lo íntimo de su corazon y de su inteligencia, el sacudimiento de estas conmociones del mundo, para » aplicar su oido á los vientos que cruzan, para » aplicar su voz y su respiro á los ruidos de la tempestad, aunque no sea más que para conjurarla. » Retrato el anterior de mano propia, no alcanza ménos parecido por eso. Y por lo que toca al sacudimiento que estimulaba á la sazón su espíritu, basta, para ponderarlo, decir que fué aquel que, de 1847 á 1852, conmovió, en realidad, á los pueblos todos, y á casi todos los Gobiernos de Europa.

No me parece inútil recordar ante todo, y aunque

sea bien sabido, que durante el primero de estos años, por sí solo ocupó la atención, no ya de Italia únicamente, sino de todas las Naciones cristianas, el advenimiento á la Silla de San Pedro del actual Pontífice de la Iglesia. Al paso que la amnistía y las reformas llenaban de repente de júbilo á Italia, y al Austria de desconfianza, el ya viejo liberalismo europeo, pensando, por un momento, que iba á ponerse al cabo, á su cabeza, el Vicario de Dios en la tierra, con lo cual cesaría, para siempre, entre la Religión y él, toda discordia, dió rienda suelta al entusiasmo en todas partes. Y ni la silenciosa agitación de la Polonia impotente; ni los mal encubiertos agravios nacionales de la vecina Hungría; ni las aspiraciones, más fantásticas entónces, que positivas, de los unitarios alemanes; ni el triunfo laborioso, pero decisivo, de la liga de Manchester sobre los privilegiados terratenientes ingleses; ni las seculares quejas, no interrumpidas en tiempo alguno, de Irlanda; ni los ecos, tampoco, del cañon que atronaba las montañas suizas, dirimiendo allí las desavenencias religiosas y políticas de radicales y conservadores; ni los síntomas siquiera de próxima mudanza, que por aquel tiempo ofrecían en Francia, ya los procesos escandalosos de ciertos altos funcionarios, ya las mal definidas, y no por eso menos ardientes pretensiones de los adversarios de

un largo é impopular Ministerio; de esta parte, las diversas antipatías dinásticas; de aquella, los indudables abusos electorales y parlamentarios; de otra, en fin, el hambre, con que affligieron también dos malas cosechas, á aquel pueblo, ya por tantas causas movido á la exaltación y al despecho, bastaron para nublar los risueños horizontes que el año de 1847 presentaba por todos lados al mayor número de la gente en Europa.

Pero á aquellos días, que este siglo no dejará nunca de llamar felices, sucedieron, al cabo, el 22, el 23, el 24 de Febrero de 1848. La dinastía de Orleans, levantada un día por el pueblo francés, huyó, por el mismo pueblo vencida; ni tan defendida ni tan respetada, como la primogénita de Borbon lo fué en su caso. París amaneció otra vez capital de una República. Y las llamaradas de aquella hoguera inmensa, bien pronto comunicaron el fuego á las más de las naciones circunvecinas. Milan y Venecia, no más que un mes despues de la revolución francesa, echan á las compañías tudesacas, de sus calles la una, la otra de sus canales. Un Príncipe de valor, bien que lo hubiese empleado en su juventud en la toma sin gloria de los flacos reparos del Trocadero, allá, cuando terminó infelizmente en Cádiz la segunda época constitucional de España, declara de súbito las pretensiones de

Libertador de Italia, mal confesadas si no bien encubiertas por su familia desde más de dos siglos ántes; y réciamente esgrime contra el Austria su espada, aunque á la postre sin fortuna. Y en tanto, al de Sicilia, de antemano insurrecto, se junta, para obligar á capitular á su Rey, el pueblo de Nápoles. Ni los Gobiernos militares de Berlin y de Viena aciertan á resistir á los populares levantamientos, y caen también, como heridos del rayo. Esto, al tiempo que la raza slava discute sus propios derechos en Praga, y la alemana en Francfort, sin tener mucho en cuenta los intereses de sus Príncipes; al tiempo en que la Hungría toma, en fin, las armas, y levanta contra el áulico Imperio, cuya sustancia era, ejércitos formidables. La lucha, así de idéas y de razas, se suscita y mantiene á hierro y fuego, al Sur y al Norte, al Oriente y al Occidente, en un propio punto. Y por remate y cruel corona de todo, despues de luengos siglos de señorío, indisputado y sereno, en las dos orillas, etrusca y latina, del Tiber, sábese que ha tenido que salir de allí, disfrazado y solo, el Romano Pontífice: aquel amado Varon, aquella autoridad misma que, con su sacro acento, había despertado en el liberalismo européo esperanzas tan plácidas, dejando ya á este detrás de sí por declarado enemigo, y aun por vencedor entónces. No de otra suerte huyó de allí mismo al-

gun dia la autoridad secular del Imperio de Augusto y Constantino, cuando los muros malhadados de *Puerta Salara* dejaron penetrar hasta el Capitolio desierto, á las hordas de Alarico sangrientas.

Y todo cuanto digo, aunque tan espantable, y aunque tan hondamente hiriese los sentimientos de muchos millones de conciencias humanas, como que fué pronto seguido de restauraciones completas, ó desde su principio parecía ya con razon, insubsistente, todavía preocupó ménos á los hombres de mundo y de Estado, que la aparicion en el órden positivo y real, de ciertas opiniones, con general indiferencia hasta entónces oidas, y que tomaron de repente en aquel punto el carácter apremiante de *Problemas sociales*. Nada hubo que tan profundo miedo infundiera al fin en aquel tiempo. No sorprendieron ellos tanto, en verdad, como á otros, ni á Pastor Diaz, ni á ninguno de los publicistas y pensadores que habian seguido á sus solas el movimiento, no siempre regular y directo, aunque progresivo siempre, del espíritu humano durante los últimos años. Las primeras páginas del libro, que ahora se imprime, enseñan que, cuando las escribió, hartos años ya había que al autor le era conocido el socialismo, en sus diferentes escuelas, y con todas sus imposibles pretensiones. No era á él por lo

mismo, ni á los de su especie, á quien había de cogérles de improviso el que Luis Blanc, el autor de *L'organisation du Travail*, ya en 1839 dada á la estampa, evocara luego en el *Luxembourg* los manes siniestros de Spartaco, declarando que era la bandera de aquel la misma que la de los trabajadores del día, no ménos esclavos, en su concepto, con depender enteramente de los capitalistas, sus amos, que lo eran aquellos que amenazaron armados á Roma, despues de haber venido con cadenas al suelo itálico, desde sus bárbaras regiones; al propio tiempo que hacía sinónimos miseria y concurrencia, delito y miseria. No era él de los que debían maravillarse tampoco, porque el mismo J. P. Proudhon, que en 1840 se había ya contestado á sí propio á esta pregunta: *qu'est-ce que c'est la propriété?*, diciendo: *la propriété c'est le vol*; y que había osado aplicar á la propiedad individual aquella durísima máxima del primitivo derecho romano, *adversus hostem æterna auctoritas esto*; bien que refutase con su implacable espíritu de contradicción las teorías socialistas más generales, por su cuenta formulara, en cambio, la aspiracion peligrosa del *crédito gratuito*, ó con vano afan proyectase la infeliz institucion del *Banco del pueblo*. Ni pudo más parecerle raro el que Victor Considérant todavía mantuviese en el *Hôtel de Ville* con un discurso famoso, aquel ensueño

cándido de *Phalansterio*, que el honrado Carlos Fourier tanto había acariciado hasta su mal burlada muerte. Y sin profundizar mucho en las obras de los autores citados, ni hacer alto en otras varias, y aun ménos importantes utopias, como la *Icaria* de Cabet ó el *Régimen racional* de Owen, bastábales á los que como Pastor Diaz habían seguido de cerca estas cosas, para comprender, desde luego, toda la gravedad de las discusiones, con urgencia empeñadas al calor de la revolucion de 1848, no más que tener presente la tésis comun de todo aquel violento certámen, muchos años ántes expresada por Saint-Simon en el *Nouveau Christianisme* con las palabras que siguen: «El objeto de todas las instituciones sociales no debe ser otro que mejorar » física y moralmente la condicion de la clase más » numerosa y más pobre de los hombres.»

Solo una cosa pudo sorprender á todos, por igual, algun tanto. Desde Abril de 1825 en que eso último se dijo por un visionario reconocido, hasta el propio mes de 1848, en que tuvo que responder Lamartine á la sociedad de *Economía política*, no sin razon quejosa de que la revolucion hubiera suprimido en la enseñanza superior, como si fuera inútil, aquella ciencia, obedeciendo en ello al ódio insensato que los novadores la profesaban, no había transcurrido, en verdad, muy corto plazo de

tiempo; pero aun así y todo, era ya digno de nota el general imperio que habian llegado á adquirir en los ánimos, tales doctrinas. Aquel mismo poeta insigne, que tan grandes instintos conservadores descubrió en el Gobierno, no vaciló en declarar ya entónces, desde el poder, que la nueva república estaba en el caso de dar á la *Economía política* otras funciones, haciendo de ella, tanto la ciencia de la fraternidad, como la de la riqueza; y obligándola á enseñar el modo de distribuir esta, con mayor equidad entre los hombres; no ya sólo á producirla, para que ella de por sí sola vaya distribuyéndose luego, entre los que más por su inteligencia, por su actividad, ó por sus sacrificios la merezcan. No en verdad; no llegó á amenazar tanto á Roma Spartaco; ni tan de cerca la sediciosa predicacion de los Gracos; ni sociedad alguna acaso ha estado tan en riesgo de perderse como lo estuvo la francesa, al advenimiento del verdadero *Siglo de oro*, como Saint-Simon apellidó ya en su tiempo, á la social revolucion que presentía. Y hay que contar con que, en los de la francesa, estaban, á no dudarlo, en aquel punto mismo cifrados, por la fuerza de las circunstancias, los destinos de toda la sociedad europea:

Á tal y tan general peligro, no era, pues, suficiente el que los políticos de aquella Nacion, como

Guizot y Thiers, ó sus economistas, como Blanqui y Bastiat, acudieran, saliendo vigorosamente al encuentro de los *Problemas del Socialismo*. Necesitábase no ménos el que en todas las demás partes de Europa se ejecutase otro tanto, de consuno, bien que al pronto no se sintiesen por igual el riesgo ó los estragos. Y eso fué lo que intentó y llevó á cabo Pastor Diaz, tocante á España; y tanto representan y significan las páginas de este libro.

No puede ser mi propósito analizarlo aquí con detenimiento. Por lo mismo quiero descubrir desde luego los cimientos en que todo él está interiormente fundado. Era Pastor Diaz uno de los muchos pensadores, que modernamente han pretendido lo que el Pontífice mismo había procurado en el tiempo á que me refero, sin éxito; es á saber, la conciliacion y armonía entre las nociones, los deseos, ó las necesidades actuales, y la fé en lo sobrenatural, la creencia en lo revelado; la religion, en suma, de nuestros mayores. De aquí que el publicista español guarde siempre confiado las máximas consoladoras, recogidas por los evangelistas, para calmar con ellas los dolores inevitables del género humano, que tan fuera de medida describían, ó por tan desusada manera procuraban explotar en provecho de sus locas imaginaciones los novadores. Ni de otra suerte, por ventura, podían